

en que sea lícita la venganza particular. *Non quæras ultionem, nec memor eris injuriæ.* LEVIT. XIX, 18.

Castigos de los vengativos. Dios no nos perdonará, si nosotros no perdonamos. Seremos tratados sin misericordia, si tratamos al prójimo sin caridad. Si nos vengamos, Dios se vengará: hará con nosotros lo mismo que hubiéremos hecho con nuestros enemigos. Así nos lo enseña Jesucristo. Véase la parábola que hay en el capítulo XVIII de san Mateo.

Promesas hechas á los generosos de corazon. *Si dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater vester cælestis delicta vestra.* MATTH. VI, 14. Sofocad vuestros resentimientos y quejas, y así olvidará Dios las que tiene contra vosotros: amad á vuestro enemigo, y Dios os amaré. Bendecid al Padre de las misericordias, que os ofrece un medio tan seguro de aplacar su indignacion.

Véase: PERDON DE LAS INJURIAS.

AMOR PROPIO.

I.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo.

(Luc. ix, 23.)

La triste humanidad gime bajo un yugo ignominioso. El entendimiento se considera como oscurecido por densas tinieblas; la voluntad se siente, en cierto modo, arrastrada al mal por una propension que la es innata; el corazon es víctima de mil pasiones funestas, que se disputan su dominio; todo en el hombre es ignorancia, miseria,

dolor y desgracia, desde que sale á la luz del mundo. Tales son las consecuencias que debemos al pecado de nuestros primeros padres, pecado que nosotros heredamos, y que continua causando los mayores estragos en las almas. Sabeis muy bien, oyentes, que el desorden, que semejantes infortunios han acarreado al linage humano, fué una contravencion á las órdenes expresas de Dios, una resistencia á sus preceptos; mas claro, un arranque de amor propio. El enemigo de Dios y del hombre supo insinuarse con astucia en el corazon de la primera mujer, sugirióle ideas contrarias á las que habia oido de los labios de su Criador; suscitó en su alma un deseo funesto de satisfacer su propia voluntad; y no contenta con haber infringido el precepto del Señor, obligó, en cierto modo, á su esposo, á participar de su pecado. Pues bien, la miseria, la muerte y todas las desdichas que nos han trasmitido y que deploramos de continuo, son las consecuencias de aquel funesto arranque de amor propio.

El mismo medio que empleó el enemigo de nuestra felicidad para oponerse á los designios de Dios sobre el hombre, lo utiliza ahora, y por desgracia con buen éxito, para introducir el desorden y la desventura entre los cristianos. Procura persuadirnos, de que no debemos oponer la menor resistencia á nuestros deseos; que somos dueños de nuestra voluntad, y que nadie puede dominarla; y de este modo consigue, que unos séres miserables se atrevan alevosamente contra su Dios, quebranten sus preceptos, y le nieguen la obediencia que se le debe. Pues bien, ved aquí el objeto de este discurso; y para que eviteis cuidadosamente este defecto, voy á demostraros, que el amor propio destruye en nosotros el amor legítimo de nosotros mismos, el amor que debemos al prójimo, y, por último, el amor que debemos á Dios. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nadie ignora, que el amor, que nos profesamos á nosotros mismos, puede ser una virtud y puede tambien ser un vicio. Dios nos manda, que amemos al prójimo como á nosotros mismos; hay, pues, un amor de nosotros mismos legítimo y virtuoso, un amor bien dirigido, porque está subordinado á la voluntad de Dios. Hay, empero, otro amor de nosotros mismos, que no admite otra regla que dirija sus movimientos, ni se propone otro fin que nosotros mismos, y por esto se le llama amor propio, y, por lo tanto, no atiende á lo que de nosotros desea el Señor, ni se cuida de lo que es útil al prójimo, sino que únicamente busca su propia satisfaccion. Este segundo amor destruye el primero; pues no se ama verdaderamente quien se ama mal; y sin duda se ama muy mal el que con su amor propio se

procura toda clase de males, y aleja de sí toda clase de bienes.

Examinad, oyentes, de donde proceden los desórdenes de nuestra alma, la insubordinación de las pasiones, el desarreglo de las intenciones, la inconstancia de nuestros propósitos, y vereis, que todo procede del amor propio. Nuestros mas temibles enemigos, cuales son el mundo, los sentidos y el demonio, con todos sus esfuerzos, con todas sus astucias, con toda su violencia serian impotentes para hacernos perder un solo grado de mérito, de virtud y de gracia, si no tuviesen por auxiliar nuestro amor propio. Este es el que hace una guerra tenaz á la virtud, y procura por todos los medios posibles exterminarla. El amor á la propia conveniencia rechaza la mortificación. El amor á los propios placeres empaña la pureza. No satisfecho con oponerse á las virtudes, abre este amor propio la puerta á todos los vicios. En pos de él van siempre la vanidad, el interés, los deleites, el orgullo con el cortejo de los males, que son compañeros inseparables de los vicios. ¿Qué digo en pos de él? Todos los vicios no son mas que nuestro amor propio. ¿Qué es la ambición? El amor á nosotros mismos, que apetece honores y grandezas. ¿Qué es la avaricia? El amor á nosotros mismos, que corre en pos de las riquezas. ¿En qué consiste la incontinencia? En el amor á nosotros mismos, que busca los placeres materiales. ¿En qué consiste el odio? En el amor á nosotros mismos, que tiene sed de venganzas. Y la pereza ¿qué es sino el amor á nosotros mismos, que desea la ociosidad y descanso? Con razon, pues, S. Anselmo llama al amor propio fuente de todos los vicios.

Y en vista de todo esto, ¿cuál debe ser nuestra conducta con respecto al amor propio? La santa Escritura nos le enseña con una hermosa figura. El patriarca Abraham tenia dos hijos, Ismael é Isaac; al primero lo tuvo en Agar, que era esclava, al otro en Sara, que era libre; aquél, como dice el Apóstol, habia nacido segun la carne ó naturalmente, y éste milagrosamente y en virtud de la promesa hecha por Dios: *Qui de ancilla secundum carnem natus est: qui autem de libera per reppromissionem.* GAL. IV, 25. Ismael perseguia al virtuoso Isaac, y para acabar de una vez con las persecuciones y travessuras de Ismael, dijo Sara á su esposo: Echa fuera á la esclava y á su hijo. El Señor intimó á Abraham, que cumpliese los deseos de Sara su esposa; por lo cual este patriarca, á pesar del amor que profesaba á Ismael y á Agar, tuvo que echarlos de su casa. Ahora bien; estos dos hijos, como dicen los santos padres, eran el símbolo de dos amores, el amor propio, hijo de la esclava, ó de la concupiscencia, y el amor verdadero, hijo de la mujer libre, ó de la gracia. El amor

propio persigue al verdadero amor, como Ismael perseguia á Isaac; arrojemos, pues, de nuestro corazon este amor desordenado con su madre la concupiscencia, como Abraham arrojó de su casa á Ismael y á su madre.

2. Tal vez os parezca difícil renunciar á lo que mas os place, y resistir á las pasiones que mas os embelesan; pero reflexionad, que tambien le fué doloroso á Abraham desprenderse de Ismael. *Dure accepit hoc Abraham*, dice la santa Escritura. GEN. XXI, 11. Duro pareció esto á Abraham; sin embargo obedeció. Obedezcamos tambien nosotros á la gracia, obedezcamos á Dios; ambos nos van repitiendo: *ejice, ejice*, arrojad este amor propio, que introduce en vuestro corazon el desorden, y que es el origen de todos los pecados. Si no lo hacemos, nuestra vida será una série interminable de pecados, y nuestra muerte la mas desgraciada: *Qui amat animam suam, perdet eam*, dice Jesucristo: *et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam.* JOAN. XII, 25. El que ama desordenadamente su alma, la perderá; mas el que la aborrece ó mortifica en este mundo, la conserva para la vida eterna. Sentencia admirable, exclama S. Agustin. TRACT. LI, IN JOAN. La causa de nuestra perdicion es el amor desordenado, que nos profesamos á nosotros mismos, y lo que ha de salvarnos es el odio santo á nosotros mismos. Si amándonos de un modo indigno, fomentamos las perversas inclinaciones de nuestra corrompida naturaleza, moriremos en desgracia; y, al contrario, el que aborreciéndose santamente, persigue de continuo su amor propio, tendrá una muerte preciosa en la presencia del Señor. Felices, pues, concluye el santo doctor, felices aquellos, que por no perecer eternamente por su desordenado amor, saben salvarse aborreciéndose santamente: *Felices qui oderunt custodiendo, ne perdant amando.* Anonadad, pues, este amor desarreglado, que destruye en nuestro corazon el amor legitimo de nosotros mismos.

Tambien destruye el amor propio el verdadero amor, que debemos á nuestro prójimo. Uno de los caracteres con que la verdadera caridad se distingue de la aparente, es, segun el Apóstol, el que no procura sus intereses y conveniencias: *Charitas non querit quæ sua sunt.* No hay, pues, verdadera caridad ó verdadero amor al prójimo cuando en el corazon reina el amor propio. No negaré, que ciertos hombres, asi como se aman desordenadamente á sí mismos, aman tambien en algun modo á su prójimo; pero este amor, mas que amor al prójimo, es amor á sí mismos. Aman porque se les respeta; aman porque esperan algun favor; aman por simpatía de

genio, por satisfacer sus pasiones, por estímulo de la avaricia. Pero ¿es este el amor que debemos tener á nuestro prójimo? El amor al propio aprecio, el amor á los placeres, al interés, á las conveniencias, ¿es acaso el amor que la ley de Dios nos manda profesar á nuestros hermanos? Haced que desaparezca toda esperanza de proteccion, ó de recompensa; suponed que se hace una leve injuria, ó una accion, que los interesados califican de desprecio; y vereis que al punto desaparece su amor, y que le sustituye el resentimiento, y acaso la venganza. ¿Qué se infiere de esto? Que al amar á sus prójimos, solo se aman realmente á sí mismos; y éstos, dice el Apóstol, *quæ sua sunt quærunt*, II PHILIP. XXI, no buscan sino sus propias conveniencias y utilidades; luego, por una consecuencia legítima, aquellos en cuyo corazon reina el amor propio, como en fuerza de este amor solo buscan su utilidad, no aman en realidad al prójimo.

5. Para comprender mejor esta verdad, veamos que amor, segun la ley de Dios, debemos tener á nuestro prójimo. Este es mi precepto, dice el Salvador, que os ameis los unos á los otros como yo os he amado: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos*. JOAN. XIII, 34. No quiere nuestro Salvador, que nos amemos de cualquier modo, sino cual él nos amó. ¿Y cómo nos amó Jesucristo? nos amó humillándose por nuestro amor; nos amó haciéndose pobre por nuestro amor; nos amó sufriendo por nosotros insultos y tormentos; nos amó hasta hacerse victima de propiciacion, y derramar por nuestra felicidad toda su sangre en la cruz. Si, pues, nuestro amor del prójimo debe ser como el amor que nos tiene Jesucristo, ¿cómo pueden existir á un tiempo en nuestro corazon el amor propio y el amor verdadero del prójimo? El uno no busca sino su utilidad propia; el otro, olvidándose en cierto modo de sí mismo, solo piensa en la felicidad ajena: el amor propio es celoso de su reputacion, y antes que sacrificarla, se expondrá á sufrir eternos tormentos; el verdadero amor del prójimo está siempre dispuesto á sacrificarla por el bien de sus hermanos: el amor propio ama tanto los bienes materiales, que procura por todos los medios posibles aumentarlos; el amor del prójimo se priva con placer de esas ventajas, siempre que la necesidad lo exige.

No pueden, pues, encontrarse en un mismo corazon estos dos amores tan opuestos; es imposible que ame verdaderamente al prójimo el que se ama excesivamente á sí mismo. Las limosnas que podria distribuir, y no distribuye el que se deja guiar por su amor propio; los saludables avisos que podria dar á sus hermanos, y no los

da por evitarse molestias; los consuelos con que podria suavizar las pesadumbres de sus semejantes, y que los omite por evitar incomodidades; las discordias, las rencillas con sus hermanos; todo esto, que trae su origen del amor propio, demuestra bien, que estos dos amores no pueden estar juntos. Y si falta á la caridad que debe á sus hermanos el que conserva en su corazon este fuego sacrilego del amor propio, ¿cuál será su recompensa en la hora de la muerte? El Juez supremo no le reconocerá por hijo suyo, porque no imitó sus ejemplos.

Desengañémonos, oyentes. Jesucristo, al establecer entre nosotros el reinado del amor, puso por fundamento la abnegacion propia; porque sabia bien, que el amor propio y el amor del prójimo no pueden estar juntos. Jesucristo empezó por darnos el ejemplo, pues como dice el Apóstol: *Christus non sibi placuit*. ROM. XV, 3. No atendió á su complacencia, sino á nuestra felicidad; y quiere que imitemos esa abnegacion si deseamos ser discípulos suyos. Para ser dichosos por toda una eternidad es preciso conservar cuidadosamente en nuestro corazon el amor del prójimo, y crucificar el amor propio, como dice el padre san Ambrosio.

4. Por último, el amor propio destruye el amor que debemos á Dios. Para comprender mejor la oposicion que hay entre el amor de Dios y el amor propio, recordad, oyentes, lo que la fe nos enseña acerca de nuestro principio y de nuestro destino. Dios es nuestro principio y nuestro último fin; por consiguiente, nosotros, como criaturas suyas, debemos constituirnos en una total dependencia suya, atribuirle todo lo bueno que reconozcamos en nosotros, y tomar por norte su mayor gloria en todos nuestros actos. Esto supuesto, ¿quién no conoce, que nuestro primer deber es el reconocimiento de su soberano dominio, y el homenaje continuo á que estamos obligados con él? La salud, el talento, la grandeza de corazon, la belleza, todo lo bueno que hay en nosotros es un don de Dios, y debe servir para su mayor gloria. Nobleza, dignidad, riquezas, honores, todo debemos emplearlo para dar gracias al Señor, que se ha dignado dispensarnos esos bienes. Ahora bien; ¿obra así el que guarda en su corazon el amor propio? No; porque se sirve de los dones de Dios para su propia utilidad, y echa en olvido la gloria de Dios, como si no los hubiese recibido del Señor, como si fuesen cualidades enteramente suyas. En lo que desea, en lo que hace no piensa en Dios, sino en sí mismo. En sí mismo piensa cuando estudia, cuando se divierte, cuando trabaja; y cuando corre en pos de bienes, cuando huye de los males, no se propone otro fin que á sí mismo. En los

mismos actos de devoción á que se dedica, parece increíble, oyentes, en sus mismas oraciones obra siempre á impulso de su amor propio, y se busca á sí mismo, y no á Dios. Si pide el perdón de sus pecados, no es porque le disguste la ofensa hecha á Dios, sino porque teme las penas eternas: si desea la gloria eterna, no es porque le disguste estar lejos de su Criador, sino para estar seguro de que no tendrá mas que sufrir: si muestra algun afecto á la virtud, es por la utilidad y por los aplausos que de ella espera: si pide la intercesión de los santos, no es tanto para obsequiarlos como para verse libre de la tribulación, que le mueve á invocarlos: en fin, aun cuando parezca que busca á Dios, se busca á sí propio, porque no acude á Dios por amor que le tenga, sino por el amor que se tiene á sí mismo; y convirtiendo en medio lo que debe ser fin, y en fin lo que debe ser medio, quiere que el mismo Dios sirva de medio para lograr el objeto que se propone. Hé aquí, pues, como el amor propio es contrario al amor de Dios.

Ademas, el amor de Dios debe ser un amor de preferencia, un amor superior á todos los amores, un amor que nos haga anteponer su gloria á cuanto hay de mas grande en el mundo. Pues bien, el amor propio prefiere la satisfacción propia á la voluntad divina, la satisfacción de sus pasiones á los preceptos del Señor. Es una especie de idolatría en virtud de la cual tributamos á nosotros mismos el culto que debe tributarse á Dios. Quiere el Señor, que perdonemos las injurias; pero el amor propio cree que su honor no le permite perdonar; y el que se ama desordenadamente solo piensa en vengarse del que le ofendió. Quiere Dios, que renunciemos las vanidades; pero el amor propio se creeria rebajado sin ellas; y el que se ama desordenadamente no quiere hacer semejante sacrificio. Quiere el Señor, que procuremos el bien de nuestros hermanos; y el que alimenta en su corazón el amor propio oye con placer las calumnias contra sus hermanos, porque no quiere disgustar á una persona que ama. ¿Es este el amor que se debe? Anteponer á él y á su gloria los propios intereses y conveniencias, ¿no es una especie de idolatría?

Hay dos ciudades, dice san Agustin, fundadas sobre dos amores: la una es celestial, cuyo fundamento es el amor de Dios y el desprecio de sí mismo; la otra es terrestre, cuyo fundamento es el amor propio y el desprecio de Dios. ¿Cuál será el destino de los que viven en esta ciudad terrestre? Deducido del siguiente hecho. Habiendo Jesús preguntado á sus apóstoles, qué concepto se habian formado de él, Pedro respondió: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. En-

tónces el Salvador para premiar tan ilustre y gloriosa confesión, le aseguró que sobre él edificaria su Iglesia. En seguida comenzó Jesús á vaticinar lo que habia de padecer en Jerusalem. Pedro, al oír esto, le habló aparte en estos términos: No permita el cielo que te suceda lo que acabas de decir. Apártate de mí, Satanás, le contestó Jesús: porque tú no apeteces lo celestial, sino lo mundano. ¿Cómo se explica que el Señor, despues de haber elogiado á san Pedro, le llame Satanás? El mismo nos lo explica. La primera respuesta de san Pedro no fué dictada por el amor propio: *Caro et sanguis non revelavit tibi*; no sucedió, empero, lo mismo con la segunda: *Non sapis ea quæ Dei sunt, sed ea quæ hominum*; hé aquí como mereció elogios por la primera, y fué reprendido por la segunda. Ahora bien, si Jesucristo llamó Satanás al que habia elegido por gefe de los apóstoles, solo por una respuesta dictada por el amor propio, ¿cómo tratará al cristiano, que lo sacrifica todo á este desordenado amor?

Oyentes, ya veis lo que es el amor propio: se hace incompatible con el verdadero amor á nosotros mismos, y con el amor que debemos á Dios y á nuestro prójimo. Apartaos, pues, de este mónstruo, si deseais la felicidad eterna. ¡Jesús mio! Arrancad de nuestro corazón este desordenado amor. Hasta ahora en todos mis actos no he pensado sino en mí; vos podiais castigarme: vuestra bondad me ha conservado hasta ahora, para que conociendo la enormidad del amor propio, lo aborrezca y me recele de él. Concededme, Señor, la gracia necesaria para detestar siempre este infame amor, y para amaros desde ahora con todo mi corazón, con todas mis fuerzas, á fin de amaros despues por toda la eternidad.

AMOR PROPIO

(SUS ILUSIONES).

II.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

(Joann. viii, 46.)

¿Qué antiguo es en el mundo no creer la verdad, despreciar la verdad, no estimar como se debe la verdad! Pero en un mundo, en que está tan entronizada la mentira, ¿qué mucho es que así suceda? Porque ¿cuándo agradó la luz á quien tiene lastimada la vista? No obstante, aunque la mentira reine tanto en el día de hoy, vemos por experiencia, que el vestido con que procura cubrirse es el de la verdad. Ningun mentiroso ó engañador quiere parecer en público con su propia ropa; y aunque profese el engaño y la falsedad, siempre aspira, á lo ménos, á una apariencia de razon, con la cual intenta cubrir su vergonzosa desnudez. En las mismas cláusulas de nuestro Evangelio tenemos esto bien claro. Ved con qué imperio, con qué satisfaccion y con qué tono de autoridad hablaban los enemigos de Cristo. Quien los oyese, no diria sino que ellos eran los perfectos, y Cristo el defectuoso; ellos los justos, y Cristo el injusto; ellos los veraces, y Cristo el falaz. Á una proposicion tan comedida como la que habeis oido en las palabras de mi tema; á una reconvenccion tan justa como la que se contiene en esta expresion, *¿si os digo la verdad por qué no me creéis?* la respuesta única que dan, es la que se lee en el mismo Evangelio citado: *¿no decimos nosotros bien, que eres un samaritano, y que estás poseido del demonio?* De manera, que en el juicio de estos hombres presuntuosos y groseros, Cristo tenia el diablo, y ellos estaban poseidos del Espíritu santo;

Cristo vivia entre tinieblas, y ellos entre luces; Cristo era dirigido por el espíritu de mentira y de seduccion, y á ellos los gobernaba el de rectitud y de verdad.

Decidme, amados míos, ¿podrá darse mayor ficcion que la que hizo aquí el amor propio? ¿Juzgar á Cristo con el espíritu de los fariseos, y éstos juzgarse con el espíritu de Cristo? ¡Pues ojalá hubiese sucedido esto una sola vez! Pero no es solo de aquella edad, ni de aquellas circunstancias el tenerse los fariseos por Cristos, y tener á los Cristos por fariseos: no fué solo en aquella coyuntura cuando la mentira presumió de verdad, y ésta quedó abandonada ó despreciada como mentira. Desengañémonos, amados oyentes, que cuando por nuestra desgracia reina en nosotros alguna pasion, aunque la verdad se presente con todos los coloridos con que la pintaba Cristo, nuestro corazon apasionado hallará medios para desfigurarla ó despintarla, y hará, que la mentira aparezca con traje y facciones de verdad. ¿Cuántas verdades clarísimas é inconcusas no burlamos con nuestras mentiras? ¿Cuántas mentiras evidentes y claras no vendemos ó pretendemos vender por verdades? El amor propio nos fascina á todos; y cuando él domina nuestro juicio, ó se apodera de nuestras conciencias, con la mayor facilidad nos persuadimos á que lo falso es verdadero y lo verdadero falso. Creemos que decimos bien, *benè dicimus nos*, como decian los fariseos, cuando formamos un juicio semejante al suyo; y con una opinion errada sentamos á la falsedad en el mismo trono de la verdad.

Así nos persuadimos tan fácilmente á que es lícito lo que es ilícito; á que es diestro lo que es siniestro; á que es virtuoso lo que es vicioso. ¡Cuánto hay de esto en el mundo, amados míos! ¡Cuántos hacen traicion á la verdad, por dejarse vencer de una apariencia de razon! ¡Cuántos abandonan la mas sana y pura doctrina que Cristo nos predica, por seguir y dejarse engañar de las ilusiones de una falsa conciencia! Á vista, pues, de este universal desórden, no será muy importuno el preveniros contra este daño, haciéndoos presentes sus consecuencias para el remedio. Y así el asunto que elijo, como mas conforme al Evangelio de hoy, y como mas adecuado á la ley santa que profesais, es lo primero, cuán fácilmente desconoce á la verdad una falsa conciencia; y lo segundo, con que rigor se venga la verdad de la conciencia que voluntariamente la olvida: dos puntos que dividirán cómodamente mi oracion, y que procuraré producir lo mas brevemente que pueda, si me asiste para ello el auxilio de la gracia. Ayudadme á alcanzarla, diciendo todos conmigo la salutacion angélica. A. M.

1. No hay duda que la luz de la razon nos propone fielmente la verdad, y que si ésta se mira con un ojo puro y sencillo, aparece á nuestro entendimiento como ella es. Pero si la miramos con ojo torcido y teñido de pasion, aquella tintura ó vicio la desfigura de manera, que en vez de parecer verdad, parece falsedad. Sucede en estas funciones de los ojos del espíritu lo mismo que acontece en las de los ojos del cuerpo. Si vemos un objeto hermoso por medio de un cristal limpio y puro, el tal objeto se nos representará con toda su belleza: si es blanco, se nos representará blanco; si es rojo, se nos representará rojo; y lo mismo digo de los demas colores. Pero si el cristal que se interpone está alterado con alguna extraña tintura, el objeto no aparecerá como él es en sí, sino del mismo color de que está teñido el cristal. Ved aquí un simil muy propio, ó un espejo clarísimo de lo que sucede á nuestra conciencia cuando está tinturada de algun mal efecto. Ella es, sin duda, el ojo ó los ojos con que miramos la verdad: si el cristal de estos ojos está teñido de alguna pasion, la verdad se altera en ellos considerablemente, y se nos propone con tales colores, que ya no parece verdad, sino una purísima falsedad.

Este es el principio, amados míos, de que veamos atropelladas las mas sagradas leyes, y que los infractores vivan con tanta quietud, juzgando, aunque con falsedad, que para ello están protegidos de la razon. El amor propio sabe hacer sus escenas y representarnos la verdad segun su capricho, manejando las leyes segun conviene á su interés. Los textos de Escritura mas claros, las razones mas poderosas, los preceptos mas inconcusos parecen una bagatela despreciable, una fruslería sin sustancia, como haya un sofisma ó razoncilla que favorezca, aunque en apariencia, á nuestros propios intereses ó á nuestros vanos deseos. ¿Qué texto mas claro, que aquel en que Salomon asegura, que ninguno sabe si es digno de amor ó de odio, Eccl. ix, 1; y que atendida nuestra ciencia particular, separada de toda revelacion divina, nuestro destino es incierto, y nadie puede positivamente afirmar cosa de él? Con todo eso, el heresiarca Calvino se atreve á afirmar lo contrario, y halla arbitrio para eludir este texto, diciendo, que el que llega á tener fe, conoce que posee ese excelente don, y que de este conocimiento dimana una certidumbre infalible de su salvacion, de la cual debe el que la tiene, estar tan asegurado en su entendimiento, como lo está todo fiel cristiano de la predestinacion misma de Jesucristo. En vano le opondrás, que un san Pablo, I. Cor. iv, 4, aun siendo tan grande apóstol, y no reprendiéndole nada su conciencia, todavía dudaba si estaria en

gracia, y si el supremo Juez le hallaria digno de pena, viendo en él alguna culpa, que él no advertia ó conocia. Aun siendo este argumento tan claro, él continuará, no obstante, eso en su error, y defenderá obstinadamente, que al abrigo de esta fe no hay nada que temer; porque su amor propio le ha propuesto esto por una verdad muy acomodada á su libertinage y extravagancia, convenciéndole con mil sofismas ridículos, y haciendo que tenga por razon muy fuerte, lo que realmente es un sueño ó una ilusion de su falsa conciencia.

Á semejantes engaños están expuestos, amados míos, todos los que siguen sus pasiones, y dan lugar á que segun ellas se interpreten las leyes. No hay abismo á que no nos pueda precipitar la pasion dominante, si con tiempo no nos prevenimos contra ella, usando de aquellas sabias precauciones, que sin cesar nos sugiere ó nos suministra nuestra razon. Esta siempre nos instruye, y, cuanto es de su parte, en toda ocasion nos propone con fidelidad el verdadero bien; pero si nos dejamos teñir de la pasion loca, y permitimos que esta domine en nuestro corazon, la verdad inmediatamente desaparece, y llegamos á tener por tal lo que no lo es. Esta es la raiz de los descaminos que reinan en el mundo, porque á favor de una conciencia errada, seguimos ciegamente nuestra voluntad, y elegimos sin el menor escrúpulo la senda del error, persuadiéndonos falsamente á que vamos por la de la salud. Por eso dijo san Juan Crisóstomo, JOANN. CHRYS. *in loco cit á P. Montarg. tom. 2. discurs. 1.*, que la apariencia del bien es mas dañosa todavía que el mismo mal. Ella es la que nos empeña en los errores mas groseros; la que nos precipita en las ilusiones mas lamentables, y, en fin, la que nos inspira aquel encadenamiento de obstinacion, por la cual mas queremos perder nuestra eterna salud, que confesar llanamente nuestra estolidez.

Pero ¿qué digo confesar? La falsa conciencia, amados míos, tiene por ley la misma pasion, y nos hace persuadirnos á que obedecemos á la ley, cuando seguimos la pasion desarreglada que hemos concebido por tal. Esto hizo decir á David, hablando de esta suerte de personas, que habian pasado ó que se habian transformado en la misma afeccion de su corazon: *Transierunt in affectum cordis*, PSALM. LXXII, 7; es decir, que no solo se habian entregado ó abandonado, sino que habian convertido su razon y su voluntad en pasion. Esto es propiamente vivir á lo gentil, ó imitar las máximas que impugna san Cipriano en la gentilidad. Esta, para autorizar sus delitos, lo que hizo, fué formarse unas divinidades viciosas, á las que consagraba como virtudes las pasiones mas brutales y desor-

denadas. De esta suerte, el desarreglo vino á ser un objeto del culto, y el vicio un deber de la religion: *Fiunt miseris religiosa delicta.* CYPR. Ep. 4. ad Donat.

Y ¿no es esto, amados oyentes, lo que nosotros con igual razon podemos echar en cara á una infinidad de cristianos, que disgustados del yugo de la ley de Dios, queriendo arrojar de sus corazones los remordimientos que ésta hace nacer en ellos, disfrazan insensiblemente sus pasiones en leyes, sus escándalos en obligaciones, sus excesos en virtudes? Y viviendo bajo este disfraz siempre tranquilos, imaginan no solo que no quebrantan la ley, sino que hacen en ello un gran servicio á Dios: *Ut arbitrentur, obsequium se præstare Deo.* JOANN. XVI, 7. Una induccion simple y natural os hará esto mas claro y perceptible; porque no hay estado ó condicion de gentes en que no se forme esta conciencia falsa, y en que no se justifiquen con ella todos los desórdenes de nuestra voluntad. No hay estado ó condicion de gentes, que no tenga sus descaminos, sus misterios de iniquidad, sus deslices favorecidos, sus vicios familiares, sus injusticias privilegiadas. ¿Qué no vemos permitido en la espada, en la toga, en el manejo de intereses, en el comercio, y aun en la misma Iglesia!

Pero vamos á nuestra induccion. Los jueces se forman su conciencia particular; y de aquí tantas sentencias injustas, tantas violencias lastimosas, tantas interpretaciones arbitrarias. Las gentes de negocios se forman la suya; y de aquí tantas estafas delincuentes, tantos agravios, tantas ganancias, que todo el mundo les condena, y que solo su conciencia no les reprende. Lo mismo practican los grandes y potentados; y de aquí tantas tiranías y vejaciones, tantas injurias y tantas injusticias. Lo mismo las damas; y de aquí el permitirse éstas tanto desorden, tanto desarreglo, tanta licencia, que aun el vulgo indulgente con dificultad les disimula, y que Dios no les disimulará cuando las juzgue. Lo mismo los sabios ó literatos; y de aquí tantas opiniones peligrosas, tantas sentencias aventuradas, que llegan hasta á hacer dudar de la misma verdad. Lo mismo últimamente los devotos; y de aquí tantos abusos, que desacreditan la virtud, y que á largos pasos conducen á la ilusion. Todos estos tienen su conducta por muy recta ó conforme á la ley, y con esta falsa seguridad viven y mueren muy pacíficos, persuadiéndose á que han andado por la senda de la salud, no habiendo seguido otra que la de la ilusion y del error.

¡Oh amados míos, á qué extremos tan lastimosos nos conduce una conciencia falsa ó voluntariamente errónea! Ella nos hace for-

mar un nuevo Decálogo, un nuevo Símbolo, un nuevo Evangelio y una nueva Iglesia. Todo ello, esto es, cada cual de estas cosas no es mas que una; pero por las ilusiones de nuestro amor propio venimos á tal desgracia, que cada uno quiere un Símbolo, un Decálogo, una Iglesia y un Evangelio acomodados á su conciencia. Y lo que es todavía mucho mas de sentir, que con ser tan clara esta sinrazon y resistirla tan fuertemente la luz natural, con todo eso nos persuadimos á que obramos bien, á que pensamos bien, á que nos conducimos bien: y ved aquí, amados míos, por lo que dijo el Espíritu santo, que hay un camino, el cual parece muy recto al hombre, y su término es la perdicion: *Est via, quæ videtur homini iuxta; novissima autem ejus deducunt ad mortem.* Prov. XIV, 12.

Mientras no se atraviesa nuestra utilidad ó nuestro gusto, todo va arreglado: entónces no hay conciencia mas justa ni mas escrupulosa que la nuestra; pero cuando por desgracia se mezcla alguna de las dos cosas dichas, al instante mudamos de parecer, y ya nos dicta otra cosa nuestra conciencia. Un ejemplo familiar os hará entender mas bien esta reflexion. Ocurra un negocio en que no tengamos interés alguno: nada nos costará en ese caso el formar una conciencia recta, ni en ser regulares y aun severos en lo que mira á las obligaciones de justicia. No tratándose de nuestra utilidad propia, ó quedándose nuestro interés á un lado, las obligaciones de conciencia no nos son ya difíciles ni nos traen algun peso; antes bien las aprobamos y nos son muy agradables: juzgamos sanamente, discurrimos doctamente, hablamos elocuentemente. ¿Pero hay cuestion sobre nuestro interés? ¿se presenta una ocasion en que nuestra utilidad y esta pureza de principios no concuerden entre sí? Perdone la verdad y perdone el Evangelio, que en tal circunstancia es menester variar el juicio: nuestra utilidad muda el caso, y es preciso discurrir ya de un modo muy diverso. Entónces las luces se amortiguan, la severidad se desmiente á sí misma: ya no se miran las cosas con aquel ojo sencillo, con aquel ojo depurado que se miraban antes. Nuestro interés ha trocado la escena; y aquellas opiniones, que antes parecian relajadas, ya no parecen anchas: aquellas probabilidades que antes nos parecian insufribles, ya no nos son odiosas: lo que antes mirábamos como injusto, ya nos parece recto; ya ha mudado de faz y nos parece lleno de equidad. Y ¿por qué motivo amados oyentes? Porque nuestro amor propio (que para todo tiene ardid) ha teñido el cristal del alma del color mismo de su passion, y sin pensar ha hecho doblarse la conciencia hácia el lado del interés.